



### LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.

« Cuéntenos V. una historieta, señor Francisco, una historieta ! »

Así dijeron dos encantadoras niñas, que con su madre iban á visitar todos los dias á un anciano pobre en bienes de fortuna, pero rico en saber, que habia viajado mucho, invirtiendo los mejores años de su vida en adquirir á no poca costa la ciencia del mundo. Acostumbrado á complacer á sus amables amiguitas, no se hizo de rogar, y contó lo siguiente :

— Cuando yo era jéven , me envió mi padre á Suiza para que le arreglase cierto negocio , y como á la juventud la gustan las novedades , partí lleno de alegría y de esperanza. Despues de visitar varias otras poblaciones de la pintoresca Suiza , me dirijí á Berna , y me sorprendió no poco hallar cerradas las tiendas de esta ciudad , y desiertas las calles. ¿Qué significa esto? me decia á mí mismo ; ha quedado Berna abandonada de repente.

Tomé el partido de preguntar , y como la suerte me deparase un muchacho , única persona que encontré en las calles , me acerqué á él , manifestándole mi estrañeza.

— Ay! señor , me dijo ; hoy debe sentenciarse la causa formada á Lucia Swartz , una muchacha que se ocupaba en guardar cabras , y que en compañía de su hermano Joaquin , tan pícaro como ella , ha asesinado á una mujer rica , y á su hijo..... Joaquin ha desaparecido , y no han podido echarle mano ; pero Lucia está presa , y este negocio ha hecho tanto ruido , que todo el mundo está en el tribunal , ó en las afueras esperando la sentencia. Sí , sin duda alguna será condenada á pesar de sus quince años y medio.

— Quince años y medio! exclamé.

— Sí , caballero..... y su hermano diez y siete.

— Cómo! tan jóvenes y asesinos? es imposible.

— Quite V. allá , señor , nadie lo duda , y si V. viese á Lucia , diría que es culpable. Nunca habrá V. visto una figura por el estilo : es fea como el pecado mortal , y sus ojos son tan falsos que da miedo mirarla. Lo bueno que tiene es que pronto pagará su delito.

En las palabras del muchacho no pude menos de hallar una prueba evidente de la prevencion popular , prevencion casi siempre injusta , y no sé por qué se me figuró que Lucia y Joaquin no eran culpables.

— Cómo! repliqué pudiendo apenas disimular el disgusto que me causaba el encarnizamiento del muchacho contra la acusada ; cómo! porque es fea y tiene los ojos falsos , se ha de creer.....

— Hay otras pruebas , y si V. quiere leer el princi-



pío de la causa, tome V. ese impreso que le pondrá al corriente de todo.

—Lo tomé en efecto, y luego que llegué á la fonda, mientras me preparaban el almuerzo, leí lo siguiente:

«Hace tiempo que la opinion pública condenaba á la familia Shwarz; pero hasta el día solo se habia observado en ella un modo extraordinario de portarse, su aire sombrío y una intencion evidente de alejarse de toda sociedad. Por lo demás, las indagaciones que la policía habia hecho, habian sido bastante satisfactorias, por lo cual nada se intentó contra ellos; pero hoy tenemos que arrepentirnos de semejante indulgencia, pues Lucía y Joaquin están acusados de asesinato. Hé aquí lo que hemos podido averiguar acerca de esta misteriosa causa.

—A fines de octubre último la señora de Savoy dejó la Francia por razones políticas, y atravesó la Berna en silla de posta, acompañada de su hijo que tendría doce años de edad, y con el cual permaneció unos instantes en la fonda.

A dos leguas de la ciudad se detuvo el carruaje, y bajándose de él la dama, entabló conversacion con Lucía, que se hallaba allí, y al cabo de un rato ambos se pusieron en camino, mientras el postillon debia esperarlas en un sitio que la dama le indicó. Con esto, segun dijo, se proponia acortar la ruta por un camino de travesía, y disfrutar al mismo tiempo de la vista del paisage. Razones insignificantes; pero entonces se hallaba entregada al encanto que habia arrojado sobre ella la cabrera.

Desde el momento en que dejó el carruaje, no se sabe lo que le sucedió. Sin embargo, un testigo asegura haberla visto entrar en la choza de Lucía, donde esperaba Joaquín con muestras de gran impaciencia. A la mañana siguiente el secretario de la dama, que se habia adelantado, volvió para adquirir noticias de su paradero, pues no la habia visto en el sitio en que debia encontrarla. Buscósela por todas partes, y no lejos de la choza de los cabreros, hallaron un pañuelo en-

:

sangrentado que perteneció á la dama, así como unos pedazos de su traje entre las ramas de un espino. El crimen era evidente; pero quiénes eran sus autores? El secretario dió parte á la justicia, y partió á arreglar los intereses del heredero, que segun todas las probabilidades no habría sufrido la suerte de su madre.

Por necesidad debian recaer las sospechas sobre Lucía y Joaquin, y estas sospechas casi tomaron un carácter de certeza, cuando despues de una pesquisa hecha en la choza de los jóvenes pastores, se encontró una cadena que el fondista y cuantos habian visto á la dama declararon haberla visto. Interrogada Lucía repetidas veces, ha guardado un obstinado silencio; pero sus facciones ásperas y llenas de falsedad hablan por ella. Siempre sombría, taciturna desde entonces, Lucía se alejaba de sus compañeras; y algunos dias antes del suceso fatal, se observó que estaba muy pálida, y que la acometian temblores nerviosos, lo cual revela una premeditacion; pero la dama habia anunciado su paso por Berna, tomando caballos con anticipacion. Otra circunstancia, no menos fatal para los acusados, es que Joaquin se presentó en casa del administrador de las postas, y solicitó con vivas instancias el permiso de servir de postillon á la señora de Savoy, lo cual no consiguió afortunadamente. »

Luego que lei estos detalles, me convencí mas y mas de que aquella jóven era inocente, y deseando verla me dirigí al tribunal, donde entré por en medio de una inmensa y agolpada muchedumbre, gracias á unas cuantas monedas que dí al conserge. Tranquila y resignada Lucía, sus facciones, que á todos parecian tan poco agradables solo me causaron piedad, y ví grabada la desgracia sobre su frente, en la cual todos los demás leian la palabra *crimen*. Sin embargo fué condenada á ser *ahorcada*, sentencia que me afligió profundamente, de modo que me retiré á la fonda triste y pensativo, sin que en toda la noche hubiese podido pegar los ojos.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, y



salí de la ciudad para no ser testigo de la ejecucion. Maquinamente me dirigí al sitio en que me habian indicado estaba la choza de Lucía y Joaquin. Hallábase abierta y abandonada; los toscos muebles habian sido hechos pedazos en los primeros transportes de la indignacion popular, y todos se alejaban con disgusto de aquella pobre morada.

Media hora permanecí embebido en mis tristes reflexiones, y ya me preparaba á salir cuando mi pié levantó un ladrillo que estaba casi arrancado.... Figuraos mi sorpresa al ver debajo del ladrillo dos papeles doblados!... Los cogí temblando, y leí en uno de ellos estas palabras:

«Acuérdate de tu promesa, y piensa en tu madre.... Si dices una palabra de lo que sabes, sobre ella recaerá nuestra venganza.»

Comprendí la causa de su silencio, y exclamé:

—Pobre Lucía!.... hé aquí la prueba de tu inocencia.... Oh! si pudiera salvarla!...

Desdoblé el otro papel, y leí lo siguiente:

«Mi querida niña, ¿cómo podré pagarte tanto cariño?... Voy á dejar tu choza en compañía de Joaquin, á quien me llevo tal vez por algun tiempo, porque será para mí un guia muy útil mientras me halle en peligro. Antes de alejarme de tí, sin embargo, quiero darte una prueba de mi gratitud, y darte de nuevo las gracias. Me has librado de una muerte segura avisándome el complot formado por los ladrones, complot que oíste sin duda por disposicion de la Providencia. Pobre Lucía! Sé qué salvándome te expones á los mayores peligros, lo mismo que tu generoso hermano que acaba de contármelo todo. Pero ten confianza en Dios; él velará por tu anciana madre, y no querrá que tu noble acción quede sin recompensa. Sin embargo, como no sé si volveré á verte, te escribo á fin de rogarte que aceptes esa cadena que me quito del cuello para dártela; guárdala como un recuerdo mio, interin puede probarte de otro modo su eterna gratitud

CAROLINA DE SAVOY.

Apenas acabé la lectura de esta carta, corrí á la ciudad, y me dirijí á casa del magistrado. Al entrar en ella ví á un jóven pálido, con el rostro contraído, y lleno de polvo de los pies á la cabeza.

Apenas nos vimos en presencia del magistrado, exclamó el jóven:

«Mi hermana, poned en libertad á mi hermana, pues la señora que se cree muerta existe!...»

Dicho esto presentó al magistrado una carta de dicha señora, en la cual contaba que los ladrones la habian acometido; pero que Joaquin la habia defendido con su perro, obligando á los ladrones á huir: que su defensor habia salido herido, y que ella le habia resañado la sangre con un pañuelo, tirándolo despues; pero como la herida no era grave, habian continuado su camino residiendo en Milan desde entonces. Allí habia sabido que acusaban á Lucía de su muerte, y enviaba á Joaquin para que dijera á los magistrados que lejos de haber sido víctima de Lucía, debia la vida á aquella animosa niña y á su hermano no menos animoso que ella.

El magistrado leyó esta carta y las que yo le presenté, y mandó á Joaquin le dijese que habia acerca de aquella amenaza misteriosa. Este le contó que su hermana habia escuchado á los ladrones escondida detrás de una roca; pero que descubierta por estos la habian amenazado con vengarse de su madre si daba cuenta de su complot. La pobre niña participó este plan á la dama, y no quiso decir una palabra á la justicia, temiendo no atentasen los ladrones á la vida de su madre.

«Pobre madre mia! prosiguió Joaquin.... ya no puede asustarnos la amenaza de esos pícaros, pues mi pobre madre ha muerto de dolor sin duda. Ah! señor, poned en libertad á mi hermana.... yo he vuelto para defenderla, pues sabia que no tenia aquí ni un amigo

—Tenia uno, dijo el magistrado designándome con el dedo.... Este caballero que viene á traerme las pruebas de su inocencia.



—V. ha defendido á mi hermana!... exclamó Joaquín!... oh! gracias, gracias!

Y el pobre jóven abrazaba mis rodillas llorando. . .

Ocho dias despues de esta aventura abandoné á Berna, dijo el anciano terminando su narracion.

—¿Y Lucía? ¿Y Joaquín, exclamaron con viveza las niñas que le escuchaban.

—Fueron puestos en libertad.

—¿Y qué se hicieron?

—Joaquín se reunió con la señora de Savoy, y permaneció en su casa hasta que tuvo la desgracia de perderla.... Entonces entró á servir en el ejército prusiano, y murió con un grado....

—¿Y Lucía?

—Se vino á España conmigo, y....

—¿Y...? preguntaron las niñas.

—Ha pasado su existencia en servir á su libertador, y espera acabar sus dias á su lado, exclamó una vieja que habia penetrado en la habitacion sin ser vista.

—Qué oigo!... dijo la madre de las niñas al verla arrodillada á los pies del anciano, sería...?

—Sí, señora, repuso éste; sí, esta es la pobre Lucía que no me ha abandonado á pesar de mis vicisitudes y trabajos.

La madre y las niñas se retiraron profundamente conmovidas, y mirando aquella á sus hijas con ternura les dijo: «ya veis que las apariencias engañan.»

**EL PRIMER LIBRO,**

ó

**SOFIA COTIN.****CAPÍTULO I.****LA CORTINA QUE SE MUEVE.**

—Virgen santísima! madama, qué hermoso está eso y que bien escrito! decia enjugándose las lágrimas de los ojos una buena vieja que por su familiaridad un poco rústica podia conocerse era una de esas antiguas criadas de provincia que han visto nacer á sus amos, así como por su traje, compuesto de un alto gorro de beatilla guarnecido de encaje, una almilla de indiana celeste y una basquiña de bayeta encarnada, corta y ancha, se reconocia ser una paisana de las cercanías de Burdeos.

La persona á quien ella hablaba en ese tono era una dama muy jóven, vestida de negro, tan jóven, tan pequeña y tan fresca, que á primera vista sin duda alguna se la habria tenido por una niña. Estaba sentada al lado de una buena lumbre, delante de una mesa de madera negra y pies torneados, cubierta de un tapete oscuro, y sobre la cual dos bujías encendidas alumbraban muchos pliegos de papel sueltos y esparcidos. La dama leía en uno que probablemente acababa de escribir. Sonriéndose de la admiracion de su vieja aya, dijo:

—Te parece que?...

—Si me parece! respondió Mariana; no, jamás desde que el mundo es mundo se ha visto cosa tan bella, tan lastimosa; que mujer tan interesante es esa Clara, y que lástima es que haya muerto! esa muerte me ha



desazonado toda.... se diría que casi tengo miedo.... bien que no sería extraño en una sala tan grande.... De-  
testo las grandes salas, añadió la vieja solterona pasean-  
do lentamente sus miradas alrededor de sí, y fijándolas  
con una sensación de espanto sobre la ventana mas dis-  
tante del sitio donde su ama estaba sentada.

—Cómo se mueve aquella cortina! ¿habeis cerrado  
mal la ventana, madama?

—No he sido yo la que he cerrado las ventanas, di-  
jo tranquilamente madama Cotin, que era á la que in-  
terrogaba así la vieja Mariana.

—¿Vos no? exclamó Mariana dando un bote sobre  
su silla; y qué pues? madre de Dios!

—Tú, por la cuenta, Mariana.

—Yo! os aseguro, madama, os juro, como soy ver-  
dadera y buena cristiana, os juro por mi alma....

—Dios mio, no jures tanto, Mariana, aquí no hay  
mas que las dos; si no he sido yo, no puede ser nadie  
sino tú; y como yo no he sido....

—No soy una loca, una insensata, una somnámbula  
cuando aun no he dormido; creo mas bien, añadió la  
vieja bordalesa tomando un tono solemne, que hay aquí  
misterio; oh! sí, apostaría que aquí hay misterio.

—Veamos; da por cierto que he sido yo la que ha  
cerrado las ventanas, y no se hable mas de ello, in-  
terrompió madama Cotin impacientada, y volviendo á  
leer sus hojas y corrigiéndolas al mismo tiempo.

—No, soy demasiado desgraciada! dijo Mariana en  
un tono plañidero, no sé lo que os he hecho, madama,  
hay ya algun tiempo; mas diga lo que digere, ya no  
me creéis. Es una desgracia, un desconsuelo.

—Tranquilízate pues, buena amiga; sí, te creo,  
creo todo lo que quieras, pero déjame escribir.

—Sí, creéis, creéis, es decir que nada creéis. Tam-  
bien el otro dia cuando os he dicho que el anciano ofi-  
cial de San Luis que habita en el quinto piso se ocu-  
paba en algunas conspiraciones....

—Mariana, dijo madama Cotin con voz severa; mil

veces te he prohibido, no solamente que te ocupes en atisvar lo que hacen los vecinos, sino tambien en hacer comentarios á su costa; tú quieres que los prendan, les guillotinen en un tiempo de turbulencias. La palabra mas sencilla, dicha con lijereza, puede despertar sospechas, y causar la muerte de un hombre; tú lo sabes, Mariana, y de ello tuvistes pruebas la semana anterior, anteayer, ayer, hoy, todos los dias. Vaya, no llores, aya mia, y cállate.

—Nada tengo que decir, madama; os quiero tanto que no puedo soportar la idea de veros un tantico afligida; mas confesadme sin embargo que sois vos la que ha cerrado las ventanas y corrido así las cortinas.

—No, no he sido yo, ¿por qué quieres que te diga una mentira? tu las habrás cerrado antes de salir para dar nuestro paseo habitual hasta Montmartre, y ya no te acuerdas. ¿Quieres que te lea otra carta de mi novela?

—Oh! si me agrada, respondió la buena vieja, y después habló muy bajo: quisiera saber quien ha cerrado aquellas ventanas. Decidme, madama, ¿qué es lo que llamais una novela?

—Una novela, ama mia, es una fábula, un cuento, una cosa inventada, que no existe, pero que podia existir.

—Ah! entonces es necesario decir que teneis mucho talento para haber imaginado todo eso.... Y que hareis con esa novela, como la llamais?

—Ah! Mariana, si me atreviese, si no temiese el ridículo que vá unido al nombre de mujer autora, la haría imprimir, y el dinero que me produjese lo emplearía en mejorar un poco nuestra posicion. Compraría algunos muebles, un clave, por ejemplo; sola y triste como estoy ahora, la música encantaría deliciosamente mi retiro.

—Ah! sí, Sofia, compra un clave, eso te alegrará un poco: pobrecita, nunca has sido muy alegre, pero á lo menos no estabas tan triste como hoy; el corazon se me parte de verte así. Tú me perdonas, no es ver-



dad, que te llame Sofía, que te tutee; mas qué quieres, no puedo contenerme; me parece siempre que te veo en el momento de tu nacimiento: veo aun la casa que está en Tonneis; se subian dos gradas antes de entrar, despues habia una puertecita verde que se abria hácia una alameda, el jardin en el fondo y la escalera á la derecha, una escalera de madera algo vieja; en el piso bajo la cocina, el comedor y el salon; al primero el cuarto de tu madre, madama Ristaud, el de tu padre, el tuyo, que era tambien el mio. Dios mio, yo veo todo eso, y tu camita de indiana con flores encarnadas; y el dia que nacistes me parece fué ayer. Era por la mañana, á las nueve en punto, el 15 de agosto de 1773, hacia un calor sofocante; pronto hay veinte años que pasó todo eso. Eras tan pequeñita y delgada! todos creían entonces que no vivirías. Qué! decia yo, nos enterrará á todos!... y el dia de tu boda en Burdeos; entonces residiamos en Burdeos; cuanto ruido hizo tu matrimonio! ¿Te acuerdas? La pequeñita Ristaud que se casa con Mr. Cotin, un banquero rico de la capital. Y bien, replicaba yo, ¿qué hay que admirar en eso? la pequeñita Ristaud, puesto que pequeñita es Ristaud, vale tanto como un banquero de la capital y dos banqueros tambien, y tres tambien; no tenia mas que un miedo que no manifestaba á nadie, y era que despues de casada y en París, ya no quisieses mas á tu vieja aya de la aldea. Dejar á mi aya! me dijistes cuando te expliqué por qué lloraba: Mr. Cotin casándose conmigo, se casa con mi aya; ¿qué haría yo sin mi aya? me parece que andaría perdida sin mi aya. Y cuánta razon has tenido, pobrecita mía! tu madre ha muerto, tu padre ha muerto, tu marido ha muerto hace seis meses, tres años despues de tu boda; eso no es alegre, tu dicha se ha ido no se sabe donde, y no te queda mas que tu aya, tu vieja aya; pero que daría su sangre, su vida, todo lo que tiene en fin solo por verte un tanto mas contenta.... Sí, si hubiese aquí un clave cantarías; tienes una voz tan dulce; y eso nos haría provecho á

las dos.... Si vendiendo mi cruz de oro se pudiese lograr, uno: hé! ¿qué dices?

Madama Cotin que habia escuchado á su aya con la ternura mas profunda, no pudo dejar de sonreirse.

—Se necesitan mil y doscientos francos, mi pobre Mariana, para comprar un piano, y solo eso me lo daría, añadió tocando con la mano á los papeles esparcidos por la mesa; eso me los proporcionaría, si tuviese ánimo para ir á venderlos, mas no osaré jamás.... sería experimentar una repulsa!

—Quieres que yo vaya? Sofia, respondió precipitadamente la vieja aya; dime donde solamente, y pronto está hecho, ea! Dios mio! qué triste es esta sala, y aquella cortina que siempre se mueve! y esto de decir que no se sabe quien la ha cerrado!

—Procuraré ir yo misma mañana. Si supieras, Mariana, que he estado ya veinte veces á la puerta de un librero sin atreverme á entrar....

—Un librero? es un librero el que compra las novelas? Escucha, hay uno no muy lejos de aquí, en el muelle, iré á hablarle yo misma mañana, ó mejor pensado, irémos juntas, y si te veo dudar, paf! te empujo á la tienda, y tendrás que hablar, que decir lo que es, ola!

Madama Cotin miró el reló: son las once, yo voy á trabajar algo todavía; déjame, y vete á acostar.

—A fé mia, no hay que rehusarlo, dijo Mariana, tanto mas que esta gran sala es tan triste, que me pone llena de ideas negras. Vaya! estás bien cierta de que he sido yo la que he cerrado la ventana, y corrido las cortinas: tú no tienes miedo, no es verdad?

—Miedo de qué? preguntó Sofia.

—Pues acaso lo sé yo? de todo, de la noche, de los ladrones, de los muertos, tú duermes en bajo, cerca de la calle, y de la calle Chantereme además, donde, despues de las ocho de la noche, no se encuentra alma viviente; sabes que eso no es prudente?

—Qué harían aquí los ladrones? nada tengo que me roben.



— Los ladrones acaso saben eso? Llegan, y cuando no encuentran nada, os matan para vengarse.

— Los ladrones no matan por el placer de matar, Mariana; tú no sabes lo que dices; pero vamos, no me amedrentes, y vete á acostar.

— Quieres que mire detrás de aquella cortina antes de irme, Sofía?

— Como tú quieras, Mariana.

Mariana que no esperaba esta respuesta, antes bien alguna mofa de su ama, ó algunas palabras como estas: qué quieres que haya detrás de la cortina? ó tambien estas palabras: es inútil; Mariana quedó toda aturrida. Sin embargo habiendo hecho la proposición. creyó imposible retroceder, y tomó, bastante arrojada, lo confieso, una bujía de encima de la mesa; caminó tambien con admirable serenidad hácia la ventana; pero luego que llegó á tocar á ella su facundia la abandonó, hizo la señal de la cruz, extendió la misma mano hácia la cortina, como para levantarla, la retiró, la alargó segunda vez, puso en ella sus dedos, y despues como si aquella cortina fuera de fuego, apenas sus dedos la hubieron tocado, se retiró súbitamente murmurando: Al cabo, ¿qué podria haber detrás de esa cortina? y salió de la sala.

*(Continuará.)*

---

## EL REGALO.

Ana Polo es una niña de diez años, que une á un lindo rostro y á una fisonomía interesantísima la mas perfecta educacion, la imaginacion mas fresca, las salidas mas vivas, el carácter mas amable y el corazon mas generoso.

Hace cerca de dos meses que una mañana templada

de primavera, Ana estaba sentada junto al balcon de su gabinete, inquieta y pensativa. Despues de rezar en un bonito devocionario, se habia acordado de que al dia siguiente era el cumpleaños de su hermano Manuel, á quien queria mucho. Era aquella la mejor ocasion de hacerle un regalo, pero se habia acordado tan tarde de semejante cosa, que temia no poder llevar á cabo su designio, tanto mas cuanto que su bolsillo no tenia ni una mala peseta. La pobre niña se afligia en gran manera por haberse visto cogida tan de improviso, y en su tierna imaginacion buscaba los medios de salir con honra de semejante situacion.

Ana se hallaba sumida en estas reflexiones, cuando de repente entró su mamá, y desde luego le llamó la atencion el aire serio y meditabundò de su hija, tan viva por lo regular, tan alegre y despierta. Temió no estuviera mala, y la preguntó acerca de esto.

—No, mamá, no estoy mala, respondió Ana; pero acabo de hacer un descubrimiento imprevisto que me trae inquieta. Es un punto delicado, acerca del cual me alegraré oir tu dictámen: mañana cumple años Manuel, y quisiera hacerle un bonito regalo.

—Me parece, contestó la señora de Polo, que tienes tiempo bastante para realizar tu deseo.

—Escucha, querida mamá, replicó Ana con esa voz cariñosa, cuyo irresistible imperio para con su madre conocia muy bien: el dia está magnífico, y si saliéramos juntas, podríamos recorrer algunas tiendas; tú me designarías los objetos que pudieran gustar á Manuel, y comprarías una cosa bonita para yo regalársela. No es verdad, mamá?

—De ese modo no serías tú la que hicieras el rega-



lo á tu hermano, sino yo, y no creo que sea este tu intento.

—Qué debo hacer entonces? dijo Ana penetrada de cuán justa era aquella observacion. No tengo un cuarto, porque no habia previsto que pudiese estar tan próximo ese día.

—Pero entre las cosas que posees, hay algunas que gustarían á tu hermano.

—Es verdad, tengo dos vasos de flores y la codorniz: se la daré á Manuel, y además un ramillete formado con mis mejores flores.

—Pero tus flores y tu codorniz son juntamente las cosas que menos estimas.

—Será preciso, exclamó Ana, saltándosele las lágrimas, que me deshaga del bolsillo que mi buena mamá habia bordado expresamente para mí, ó de la perrita, ese pobre animalito que me sigue á todas partes, y que me tiene tanto cariño?... Ah! mi querida mamá, tú no exigirás de mí semejante sacrificio.

—Yo nada exijo, respondió la señora de Polo, pero te haré una observacion, que sin duda aprobarás: hacer un bonito regalo es dar una cosa que nos gusta, para causar placer á una persona amada. Este sacrificio encuentra recompensa en la satisfaccion del que dá, y la gratitud del que recibe.

Estas palabras tan sencillas y tan justas iluminaron de repente á Ana, la cual permaneció algunos minutos pensativa, hasta que de pronto rompió el silencio diciendo:

—Pues bien, mamá, daré á Manuel mi bolsillo, y además un ramillete.

—Muy bien, hija mia.

—Tambien le daré la perrita, y para que se acostumbre á seguirle, quiero que la lleve á paseo hoy mismo.

—Dame un abrazo, hija mia, exclamó la señora de Polo, transportada de gozo; no esperaba menos de tu generosidad y de la nobleza de tu corazon. Este dia es el mas bello de mi vida, y estoy completamente satisfecha de tu conducta.

—Y yo, dijo Ana tirándose al cuello de su madre, estoy muy contenta con el placer que voy á causar á Manuel.

Y sustrayéndose á los extremos y las caricias de su madre, cogió en brazos la perrita, y con encantadora sonrisa rogó á su hermano la llevase consigo á paseo, sin decirle una palabra del designio que habia formado, pues queria que hasta el dia siguiente no tuviera el gusto de saber que se la regalaba definitivamente.

Esta anécdota, amigos míos, prueba una verdad, de cuya importancia os convencerá mas y mas la experiencia, á saber; que un corazon delicado y generoso puede hallar placer hasta en los sacrificios que se impone.

